

DENTRO DEL LABERINTO

Álex MATAS PONS, *La ciudad y su trama: literatura, modernidad y crítica de la cultura*. Madrid, Lengua de Trapo, 2010, 336 pp.

Si algo distingue a la Modernidad es su carácter netamente urbano, radicalmente opuesto al clásico “menosprecio de corte y alabanza de aldea” que hizo de la ciudad un espacio abierto al vicio y al pecado. Ciertamente que la *urbanitas* fue siempre un término de connotaciones positivas, pero no tanto como para que el usurero Alfio no sintiera al menos la tentación de buscar una vida mejor fuera de ese ambiente que le hacía sacar lo peor de sí mismo. Esas contradicciones del espacio urbano, que fueron ásperamente rechazadas en la Antigüedad, tuvieron que replantearse, a partir del siglo XVIII, en el momento en que el orden burgués comienza a adueñarse del imaginario y la ciudad se percibe como el espacio privilegiado en el que transcurre, de verdad, la Historia.

El agudísimo libro de Álex Matas, que mereció el VIII Premio de Ensayo Caja Madrid, entra de lleno en esta cuestión para explicar al lector cómo se va constituyendo esa imagen de la ciudad en la literatura occidental del siglo XIX, sobre todo en el que será el género literario privilegiado de la Modernidad, la novela. No es que otros géneros igualmente representativos de la época como el poema narrativo, el artículo de costumbres o el poema en prosa no tengan presencia en el análisis propuesto en este ensayo. Por el contrario, *La ciudad y su trama* insiste a menudo en el papel seminal que ejerce el periodismo en la constitución del imaginario urbano a lo largo del siglo XVIII, cuando la novela moderna todavía estaba en mantillas y se resistía a abandonar el cronotopo rural que prodigan las novelas de Richardson, Fielding, Sterne y Austen. De la misma manera, atiende a la obra de autores como Diderot y Baudelaire, este último uno de los principales responsables de la figuración moderna del escenario urbano, como ya apuntara en su día Walter Benjamin.

Sin embargo, la mayor parte de este ensayo está dedicada a la novela. Balzac, Dickens, Flaubert, Dostoievsky, Zola, Maupassant, Clarín, todos ellos aparecen como los mayores responsables del imaginario de la ciudad, del que beberían Baroja, Biely, Kafka, Joyce, Dos Passos, Döblin y Musil ya en el siglo XX. Un imaginario que se construye en términos de dinamismo, no sólo espacial, sino también social y económico. El espacio urbano es un espacio proteico, algo que ya había sido objeto de consideraciones morales en la época clásica, pero que en la Modernidad es fuente de reflexión desencantada en tanto la realidad comienza a verse desde un punto de vista emancipado de los discursos providencialistas que exaltaban a la Naturaleza como el “Gran Todo” cósmico en el que el movimiento había de someterse a las leyes de la armonía universal. La ciudad moderna tiende a verse más como ejemplo de desorden anárquico, desorden que genera al principio valerosos intentos de organización racional que aspiran a la omnisciencia panóptica, pero que habrán de rendirse a la evidencia de un espacio inaprensible: «El espacio de la ciudad moderna es ahora un jeroglífico semiótico que reta a cualquier percepción a orientarse entre el constante desequilibrio o desajuste de lo fragmentario. En realidad, el espacio de la modernidad puede ser interpretado como el de una superficie donde quedan grabadas las huellas de lo imprevisible y trazadas las formas del caos» (p. 35).

De ahí que la única forma de representación posible sea la que imita la actividad del paseante ocioso, el *flâneur* que observa y medita al hilo de sus caminatas por una ciudad abigarrada que se empeña en mostrar miles de rostros diferentes. Esos rostros se dispersan con la Modernidad en forma de innumerables poemas –en verso y en prosa–, artículos periodísticos y narraciones breves que dan cuenta de sus inagotables facetas. Pero sólo la novela se postula como género privilegiado para dar cuenta del fracaso de todo aquel que busque encontrar una sombra de sentido en la representación del espacio urbano. Como ya hiciera notar Pío Baroja –un novelista en el que el tema de la ciudad tiene una presencia incuestionable–, la novela es el género proteico por excelencia, el más vinculado a la noción de cambio. Por esta razón, Álex Matas hace hincapié en su ensayo en el modo en que se va construyendo la ciudad como tema novelístico en una sociedad que si se distingue por algo es por su incesante movilidad, que exige una representación en las mismas condiciones. El novelista moderno no es, de ninguna manera, el observador impasible que se sitúa en su atalaya –recuérdese a don Cleofás y al diablo Cojuelo en la torre de San Salvador– para juzgar un universo ya condenado, sino el que sale a la calle y se deja llevar *sucesivamente* hacia los diferentes aspectos de la ciudad, sin posibilidad de detenerse en ninguno de ellos. El final de su vagabundeo coincidirá con el final de su novela, pero ambos están abocados a la interminabilidad.

La novela moderna adopta, por consiguiente, la figuración de la ciudad como laberinto en el que han de moverse sus protagonistas. Un laberinto al que se querrá dar un orden racional presentándolo como enigma cuya solución ha de encontrar el aventurero de la novela folletinesca o el detective de la novela policíaca. El tema merece por sí solo un estudio en profundidad, si se tienen en cuenta las derivaciones que ha experimentado el género en el siglo XX: el mito de la racionalidad absoluta, encarnado en Sherlock Holmes, naufragará ante una realidad que se muestra siempre mucho más compleja, lo que lleva al detective a verse recluido en espacios más reducidos, como en las novelas de Agatha Christie, o a adoptar un papel más dinámico en el que la racionalidad se ve siempre superada por fuerzas más oscuras, como ocurre en las novelas de Dashiell Hammett o Raymond Chandler.

En efecto, no es en la voluntad de orden de la novela policíaca donde se hallará la verdadera imagen de la ciudad moderna: «La poética urbana construye un discurso en la forma del relato: no se narra una historia simplemente ambientada en un escenario urbano, sino que se conforma simultáneamente un espacio en el que el objeto de la representación es al mismo tiempo la tensión por la que se reconoce que aquella historia no se hará inteligible hasta que la mirada se desligue de la idea de totalidad, de la visión orgánica de la naturaleza» (p. 107). Al contrario de lo que piensan los detractores de la novela clásica decimonónica, lo inesperado, lo indefinido y lo indeterminado tienen en ella una presencia constante, en lucha perpetua contra un orden que, a la postre, acabará siendo identificado con los valores burgueses. Por esta razón, la figuración de la ciudad como laberinto acabará generando una toma de posición por parte del artista moderno, que se mimetizará con su ambiente dando a su obra un carácter tan contradictorio y laberíntico como el de la ciudad en que se mueve. De ahí surgirán las poéticas de la bohemia y el decadentismo, con su exaltación del arte por el arte entendida como una forma de rebeldía contra el orden burgués, y, posteriormente, las vanguardias. Todo ello es suficientemente conocido, pero el principal valor del ensayo de Álex Matas reside precisamente en su capacidad para recordar al lector que si la Modernidad tiene más de una historia es porque en todas ellas se hace patente la exigencia de una mirada dinámica sobre las cosas, algo que no sólo encontraremos en la obra de heterodoxos y rebeldes como Dostoievsky o Rimbaud, sino también en la de testigos como Balzac o Dickens, mucho menos inocuos de lo que pretenden ciertos lugares comunes de la cultura.

Juan Carlos PUEO
Universidad de Zaragoza